

---

**D. 24 del tiempo ordinario / C**

Las lecturas de este domingo –particularmente la primera, el salmo y el evangelio– nos hablan de alegría y de perdón. El evangelio, que recoge tres parábolas –la de la oveja perdida, la de la moneda perdida y la del hijo pródigo–, ofrece una versión reducida que incluye solamente las dos primeras. Aunque la parábola del hijo pródigo figura en el evangelio del sábado de la semana II de Cuaresma y del domingo IV de Cuaresma, de este mismo ciclo C, conviene volver a leerla pues puede servirnos como pórtico del curso escolar y parroquial que está por iniciarse. Es, además, un texto que habla por sí sólo, por lo que es mejor dar más espacio al evangelio y reducir, si no queremos alargar la celebración, el tiempo de homilía. De todos modos, ello no niega la validez de la otra opción posible, que es la de leer sólo las dos primeras parábolas, centrando la atención en el impacto que pueden conseguir con su brevedad y concisión, y ayudando después a concretarlo en nuestra vida. Sin embargo, en estas Orientaciones partimos de la primera opción, la de la versión íntegra.

**\* ALEGRÍA**

La vida cristiana se ha percibido, en algunos momentos de la historia, como un camino dificultoso, lleno de privaciones, de sacrificios, de un continuo esfuerzo por cumplir los mandamientos... En cambio el evangelio nos muestra una visión muy diferente: la alegría que reina cuando nuevas personas acogen el mensaje evangélico y la actitud misericordiosa de Dios Padre; misericordia que también las otras dos lecturas reflejan.

San Lucas nos habla en más ocasiones de la alegría como fruto del encuentro con Dios: el hijo de Isabel, Juan, será fuente de alegría (cf. Lc 1, 14), el ángel anuncia a los pastores una gran alegría (cf. Lc 2, 9), Zaqueo recibe con alegría a Jesús (cf. Lc 19, 6), los discípulos se llenan de alegría ante la aparición del resucitado (cf. Lc 24, 41).

La alegría de la fe no es pasajera como suele ser la alegría humana que procede de que los acontecimientos nos vayan bien. La alegría de la fe es fruto de sentirnos acogidos por Dios tal y como somos. Jesús acogía a los pecadores y comía con ellos, nos dirá el evangelio, a pesar de que los judíos los rechazaban. Más aún, a quien acoge el evangelio no se le tiene en cuenta su pasado, recordemos que al hijo pródigo, el Padre no le permite siquiera que le pida perdón (“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo), sino que le recibe conmovido, le viste un traje de fiesta y lo engalana.

Podríamos rastrear nuestro corazón y descubrir si la alegría divina se encuentra en nuestra vida o, en cambio, buscamos la felicidad en otras realidades. Y, por tanto, necesitamos conversión.

### \* CONVERSIÓN POR NECESIDAD

La parábola del hijo pródigo pone ante nuestros ojos una realidad muy común en nuestra vida. El hijo abandona la casa del padre, gasta la herencia y, cuando no le queda otra posibilidad, retorna a la casa paterna. Nosotros, muchas veces, acudimos a Dios cuando hemos agotado los caminos que el mundo nos ofrece, cuando hemos intentado satisfacer nuestras ansias de plenitud con realidades terrenales. Y es ante la vaciedad del mundo, cuando volvemos nuestra mirada a Dios. Ya que todos nuestros apoyos humanos se han caído. Dios siempre nos está esperando, como el padre de la parábola que cada tarde salía a mirar si su hijo regresaba, para recibirnos con misericordia.

### \* MISERICORDIA

La misericordia es uno de los adjetivos intrínsecos de Dios. Todas las lecturas de hoy nos hablan de la misericordia divina y en muchas de las oraciones del *Misal* está presente este calificativo referido al Padre. Esta misericordia contrasta con nuestra actitud pecadora: el pueblo de Israel adora un novillo de metal en la primera lectura y Dios actúa con misericordia arrepintiéndose de la amenaza; san Pablo sintió cómo se derramó sobre él la compasión divina a pesar de ser “un blasfemo, un perseguidor y un insolente” y el hijo pródigo derrocha la herencia paterna y el padre organiza una fiesta cuando regresa a casa.

### \* SOMOS PECADORES

Conviene que en la eucaristía de hoy resaltemos nuestra condición de pecadores. Ya que sólo entonces experimentaremos la misericordia divina, nos consideraremos destinatarios de la salvación, pues como nos recuerda san Pablo “Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores”, y con gusto comeremos el alimento que nos llena de alegría con el deseo de que “sea su fuerza, no nuestro sentimiento, quien mueva nuestra vida” (oración después de la comunión); de modo que podamos servir a Dios para sentir el efecto de su amor (cf. oración colecta). Para resaltar nuestra condición pecadora podríamos hacer hincapié en el acto penitencial que inicia la misa, utilizar la plegaria I de la reconciliación, resaltar la aclamación que precede a la comunión (“Señor, no soy digno de que entres en mi casa...”).

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI